

BOLETÍN
DE LA
ACADEMIA ARGENTINA
DE LETRAS

TOMO LXXIII, septiembre-diciembre de 2008, N.º 299-300



Buenos Aires
2009

COMUNICACIONES

A CIEN AÑOS DEL NACIMIENTO DE RAIMUNDO LIDA (1908-1979)*

Cuatro años atrás, tuvimos oportunidad de evocar en esta misma Academia la figura de Ángel Rosenblat, el notable filólogo nacido ruso, criado y educado en la Argentina, colaborador estrecho de Amado Alonso en el Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras, cuyo prestigio él ayudó a cimentar hasta la forzada disolución del equipo de investigación responsable de su producción más valiosa, y fallecido en Venezuela, después de un extraordinario desempeño en la vida intelectual y en la universidad de ese país, que lo acogió, respetó, y cuya nacionalidad adoptó¹.

A cien años de su nacimiento, queremos hoy recordar a otro filólogo, cuya peripecia de vida guarda desde su comienzo un llamativo paralelismo con el que venimos de mencionar. Apenas seis años más joven que Rosenblat, integrante como él de una familia judía, Raimundo Lida vino al mundo el 15 de noviembre de 1908, no en Buenos Aires, como lo asentó la necrológica de *La Nación*², sino, como aquel, también en Polonia, aunque en la ciudad de Lwow, capital de la región de Galitzia, que con el nombre germánico de Lemberg integraba el Imperio Aus-

* Comunicación leída en la sesión 1276 del 11 de septiembre de 2008, en homenaje a Raimundo Lida, en el centenario de su nacimiento. El autor agradece a Miranda Lida, nieta del filólogo, haber facilitado la fotografía que acompaña este discurso de homenaje, así como los muy interesantes datos familiares que generosamente le comunicó después, y que no pudieron ser incluidos.

¹ MOURE, JOSÉ LUIS. "Ángel Rosenblat en el centenario de su nacimiento. Homenaje al Académico Correspondiente Ángel Rosenblat". En *Boletín de la Academia Argentina de Letras*. Tomo 69, n.º 275-276 (2004), pp. 387-397.

² 21 de junio de 1979, p. 7.

trohúngaro desde finales del siglo XVIII. Al igual que los Rosenblat, los Lida llegaron a la Argentina siendo Raimundo muy pequeño, en su caso, con dos años. Graduado también en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, habría de integrarse en su hora al Instituto de Filología dirigido por Amado Alonso, que abandonaría por las mismas desgraciadas circunstancias políticas, para terminar su carrera académica y sus días en otro país, cuya nacionalidad adoptaría.

Para quienes hemos estado profesionalmente vinculados a la misma Facultad y, en algún momento, al mismo Instituto en el que ambos filólogos pasaron sus años jóvenes, no es posible dejar de mencionar una circunstancia diferencial, que la sola mención de Raimundo Lida arrastra inevitablemente; nos referimos, claro, a la figura de María Rosa, su hermana menor, sin duda, la más preclara filóloga que dio la Argentina y uno de los nombres más altos de la especialidad en nuestra lengua. No obstante, y más allá de la justa fama de María Rosa, Raimundo nada debió al indudable genio y preeminencia de su hermana; brilló con luz propia a partir de excepcionales dotes personales, y las preferencias y gustos de cada uno, o acaso una prudencia instintiva, hicieron que las materias que abordaron no se tocaran sino tangencialmente; ella dedicaría sus inquisiciones a la Antigüedad clásica y a la Edad Media española; él, al Siglo de Oro y, muy particularmente, al estudio de Quevedo. Su cuñado, el notable lingüista Yakov Malkiel, a cuyo testimonio volveremos, señaló que las discrepancias entre ambos hermanos —temperamentales, cívicas, estéticas y psicológicas— habrían impedido cualquier rivalidad seria, pero también cualquier posibilidad de colaboración³.

Al igual que su hermano Emilio, cuatro años mayor —a quien aguardaba una distinguida carrera como médico hemopatólogo—, Raimundo cursa el bachillerato en el Colegio Nacional Manuel Belgrano, cuyo cuerpo docente contaba con dos figuras que ejercieron temprana influencia en su vocación: Roberto Guibourg y Roberto Giusti, este último a lo largo de los tres últimos años del secundario.

Inscrito en la Facultad de Filosofía y Letras, manifiesta desde temprano condiciones de excepción y se vincula con dos profesores

³ "The End of an Era: Raimundo Lida (1908-79) and Frida Weber de Kurlat (1914-81)". En *Romance Philology*. Vol. XXXV, n.º 4 (1982), pp. 617-641.

de lenguas clásicas, el latinista Kurt Schuler y el helenista Francisco Cappello, mentores, seguramente, de su sólida formación en esas lenguas. Su curiosidad y espíritu científico se revelan en otra circunstancia infrecuente: siendo estudiante de Letras, asistía también a las clases de Neuropatología y Psicología Experimental dictadas por Cristofredo Jakob, probablemente en procura de un conocimiento que le sirviera para iluminar los mecanismos del lenguaje.

La excepcionalidad de su personalidad como estudiante quedó reflejada en las palabras que Enrique Anderson Imbert registró en una nota publicada en nuestro *Boletín*, en 1979:

Ya en sus años de estudiante en la Facultad de Filosofía y Letras, Raimundo era, como su hermana María Rosa, una figura legendaria. Allá por 1931 los compañeros nos sobrecogíamos ante su pinta de mago. Solitario, abstraído, nervioso, reconcentrado, taciturno, enigmático, frágil, sutil, de bruscos movimientos e intensísimas miradas, daba miedo. Sabíamos que nos aventajaba a todos por su seriedad intelectual. [...]. Era admirable la amplitud de su inteligencia. Digo “amplitud” porque su capacidad de comprender, como una gran tenaza, tomaba un dato y lo encajaba en la correspondiente categoría, luego levantaba esta categoría y la colocaba en otra mayor, y así los dos brazos de la tenaza se iban abriendo hasta que acababan por ajustar la parte con el todo. Y con la misma destreza invertía el sentido del esfuerzo y partiendo del todo llegaba al análisis de sus partes⁴.

En los años finales de su carrera en la Facultad, toma contacto con otras dos notables figuras de la Universidad Nacional de La Plata, que habrán de orientar y ampliar su formación: Alejandro Korn, profesor de Estética, y el filólogo dominicano Pedro Henríquez Ureña; al primero deberá su rica formación filosófica, a la que Anderson Imbert atribuyó su superioridad como crítico; al segundo, la atracción por el humanismo y por la mejor erudición, es decir, la que no se pone al servicio de la ostentación, sino de la comprensión de las particulares circunstancias histórico-culturales en que una obra es concebida; después de todo, no otra cosa es la filología.

⁴ “Raimundo Lida”. En *Boletín de la Academia Argentina de Letras*. Tomo 44, n.º 171-174 (1979), pp. 37-38.

En La Plata, aparece su traducción de la *Introducción a la estética*, de Moritz Geiger (1933), autor del que años más tarde, en trabajo conjunto con David Vogelmann, traduce también la *Estética* (1947).

La influencia de Korn sobre Lida determinó no solo el tema de su tesis doctoral, *Belleza, arte y poesía en la estética de Santayana* (defendida en la Universidad de Buenos Aires, y que habría de publicarse en 1943), sino con toda probabilidad, su postura antipositivista, que lo aproximó filosóficamente a la tradición spinoziana y kantiana, y al conocimiento y frecuentación de Husserl, Bergson y Heidegger. Esa preferencia en el orden del pensamiento, reafirmada posiblemente en su contacto con Vicente Fatone y Francisco Romero, habría de facilitarle su inclusión en el selecto grupo de Amado Alonso, reactivo también frente a un positivismo impugnado y en lento ocaso, como lo mostró la decidida incursión del filólogo navarro en las nuevas perspectivas de Croce y Vossler, y en la promoción de la estilística como más adecuado camino de comprensión de la obra poética.

A esos conocimientos de vocación enciclopédica, inusuales ya en un joven estudiante, sumaba Raimundo un adquirido dominio del idioma alemán. Ese perfil y el prestigio de que gozaba entre profesores y pares en la Facultad explican la convocatoria de Alonso, hacia el final de los años treinta, para integrar su talento al Instituto de Filología, donde ya trabajaban Ángel Rosenblat y Marcos Morínigo. Yakov Malkiel propuso esta semblanza conjunta de Alonso y Lida, que ayuda a entender la afinidad entre maestro y discípulo:

Ambos poseían tendencias artísticas profundamente arraigadas, ambos reaccionaban instantáneamente ante la poesía, ambos hablaban y escribían con eficacia, ambos eran disciplinados, sin llegar al punto del fanatismo; ambos tenían un pronunciado don de gente y una extroversión contagiosa y refinada.

Divergían, en cambio, en sus preferencias sobre la literatura contemporánea: Alonso seguía a los poetas españoles de la Generación del 27, Lida prefería la producción contemporánea inglesa, francesa y alemana.

Acaso una modestia innata explica que Lida haya aceptado cumplir en el Instituto un rol decisivo, pero asordinado, como lo fue el hacerse

cargo de la serie de traducciones (algunas en colaboración) que Alonso le encomendó, entre las cuales nos limitaremos a citar la compilación *Introducción a la estilística romance* (1932), con trabajos de Karl Vossler, Leo Spitzer y Helmut Hatzfeld; *La vida espiritual en Sud-América*, de Vossler (1935); *El impresionismo en el lenguaje* (1936), con artículos de Charles Bally y Elise Richter; *Filosofía del lenguaje; ensayos*, de Vossler, publicado en Madrid (1941), y *La enumeración caótica en la poesía moderna*, de Leo Spitzer (1945); también la traducción de artículos de Rauhut, Hatzfeld, Spitzer y Vanderford para la *Revista de Filología Hispánica*, el órgano de difusión creado por Alonso, del que Raimundo y María Rosa Lida fueron secretarios de redacción. A Lida se debe también la traducción anotada de los artículos sobre fonética americana de Rudolf Lenz, que con escritos menores de Andrés Bello y Rodolfo Oroz, constituirían *El español en Chile* (1940), como volumen VI de la señera Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana. Para el Instituto de Estudios Germánicos, y con la colaboración de Juan Probst, traduce dos obras de Friedrich Schiller, *De la gracia y la dignidad* (1937) y *Poesía ingenua y poesía sentimental* (1941). Para el tercer número de la joven revista *Sur*, hace lo propio con “Qué es la metafísica”, de Martin Heidegger, y para otras publicaciones como *Megáfono*, *Verbum* y *Poesía*, contribuyó con versiones de Thomas Mann, Wilhelm G. Schuwerack y Carl Jung. No está de más señalar que una parte importante de esa tarea fue realizada por Lida antes o poco después de cumplir treinta años.

En 1930 integra con otros egresados, entre los que se encontraban Renata Donghi, Gregorio Halperín y Ángel Battistessa, el grupo fundador del Colegio de Graduados de la Facultad de Filosofía y Letras, cuyo *Boletín* contaría entre 1934 y 1936 con sus colaboraciones, algunas de ellas vinculadas a su permanente interés en la filosofía del lenguaje, sobre Bergson, Croce, Gentile y Spengler. Y en otros prestigiosos medios periódicos de literatura, como *Nosotros* y *Sur*, aparecen artículos suyos sobre literatura española clásica (Góngora) y contemporánea (Unamuno, Machado, Juan Ramón Jiménez). En la revista *Sur*, a la que había sido convocado por Victoria Ocampo, tuvo a su cargo una sección que firmaba con el seudónimo de Antonino Rey. La literatura hispanoamericana tampoco fue ajena a los intereses jóvenes de Lida, que prologó y anotó una selección de José Martí (1939) —en 1950 prologaría también una edición de los cuentos de Rubén Darfo— y dedicó ponencias y artículos a

Enrique Larreta, Sarmiento, Mansilla y Borges. Esta enumeración, con ser nutrida y necesaria para dar idea de la capacidad, amplitud y riqueza intelectuales del Lida inicial, podría incrementarse si pretendiésemos una exhaustividad que no es propósito de esta exposición.

Sí importa señalar que en 1931, es decir a sus veintitrés años, Lida había publicado en el cuarto número de *Sur* su artículo “Estilística. Un estudio sobre Quevedo”, con el que inauguró el núcleo de interés al que habría de consagrar su más importante y perseverante esfuerzo analítico en los años venideros.

Cumple acotar que Lida se había casado muy joven con Leonor García, matrimonio del que nacieron Fernando y Clara Eugenia.

Las desgraciadas circunstancias políticas que a mediados de la década del cuarenta provocaron el forzado alejamiento de Amado Alonso y el fin de la extraordinaria empresa por él concebida y dirigida durante veinte años en el Instituto de Filología, arrastrarían también a Raimundo fuera de las fronteras de nuestro país. Su colaboración con Alonso en el número VII de la *Revista de Filología Hispánica* (1944), el artículo “Geografía fonética: -l y -r implosivas en español”, es a la vez su último trabajo de lingüística y el canto de cisne de su etapa argentina.

Despojado de su cargo de adjunto en la cátedra de Estética de la Universidad Nacional de La Plata, que había ejercido desde 1933, la oportuna gestión de Alfonso Reyes, que no había podido hacer lo propio con Henríquez Ureña por su inesperada muerte en 1946 y a quien no escapaba la dimensión del talento de Lida, logra su nombramiento como director del Centro de Estudios Filológicos del Colegio de México, cuya botadura es de alguna manera precipitada por la lamentable disolución de la señera institución argentina, como explícitamente lo reconoce el proyecto de creación del centro mexicano, redactado por Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas, y oportunamente enviado a Henríquez Ureña para su consideración. Una vez más, también el nombre de Ángel Rosenblat integraba la lista de los posibles acompañantes del filólogo dominicano para la formación del instituto que se ideaba⁵.

En 1947, el mismo año en que Rosenblat se marcha a Venezuela, Lida llega a México y organiza el Centro. En palabras de Antonio

⁵ CARVALLO ROBLEDO, ISMAEL. “Legado del Ateneo de la Juventud. La Casa de España y El Colegio de México (2)” [en línea]. En *El Catoblepas*. N.º 63 (mayo de 2007), p. 4. <http://www.nodulo.org/ec/2007/n063p04.htm>

Alatorre, quien sería uno de sus discípulos más devotos y consecuentes, y quien habría de hacerse cargo de la dirección en 1953, Raimundo Lida:

[...] en un solo curso de tres años, del 48 al 50, lo abarcó todo: fonética, fonología, gramática histórica (morfología y sintaxis), lingüística general, filosofía del lenguaje, el pensamiento de Platón, mester de clerecía y mester de juglaría, Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez, historia de la lengua en los siglos XII y XIII, Herder, Humboldt, Saussure, Bally, Bergson, Santayana, Croce, Vossler, los círculos lingüísticos de Praga y Copenhague, Roman Ingarden...

Pero no fue solo eso. Lida, bajo la dirección formal de Amado Alonso, se convirtió también en editor de la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, que vino a sustituir a la interrumpida *Revista de Filología Hispánica* de Buenos Aires y de alguna manera también a la *Revista de Filología Española*, cuya continuidad había quebrado la Guerra Civil.

El lustro transcurrido por Lida en la capital mexicana fue intenso y provechoso. Tenía cerca a figuras exiliadas, como la alemana Margit Frenk o el español Juan Lope Blanch, que a partir de entonces, habrían de desarrollar una notable labor científica hasta casi nuestros días. Dicta clases en la Universidad Autónoma y en el Colegio de México. Además de sus colaboraciones en la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, publica algunos trabajos en *Cuadernos Americanos*, en *Sur* y ocasionalmente en la entonces reciente *Buenos Aires Literaria*, en los que retoma y perfecciona sus temas predilectos: Quevedo, Santayana, Vossler, incluso Borges. Naturalmente, sobre Lida recae la dolorosa responsabilidad de preparar el número de 1953 de la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, en memoria de Amado Alonso, fallecido el año anterior en su último destino norteamericano, nostálgico de la Argentina donde había transcurrido lo mejor y más fértil de su vida intelectual.

Entre 1951 y 1952, Lida se traslada a los Estados Unidos, donde cumple una corta estancia en la Universidad de Ohio State, en Columbus. Y muy pronto, por recomendación de un comité asesor, presidido por Leo Spitzer, recibe su nombramiento en el Romance Department de la Universidad de Harvard, donde había dictado clases su maestro Amado Alonso.

Lida se traslada a Harvard en forma definitiva, en 1953, de donde profesionalmente solo se alejará para cumplir algunas breves estadas como profesor visitante en las Universidades de Pittsburgh y de Puerto Rico. En aquella prestigiosa institución, acompañado por Denah Levy, su segunda esposa, con la proximidad de colegas que lo admiraban, como Enrique Anderson Imbert, Paul Bénichou, Juan Marichal, Stephen Gilman y un Ángel Rosenblat que concurre invitado a enseñar durante un semestre de 1955, acaso convocado por él, Lida pasará los siguientes veinticinco años, gozando de una tranquilidad que solo se verá empañada por la enfermedad y la muerte de su hermana María Rosa en 1962. Yakov Malkiel nos devuelve así la envidiable imagen de nuestro filólogo en Harvard:

Instalado en una biblioteca prodigiosamente rica, económicamente seguro, libre para enseñar sus temas predilectos a un pequeño número de estudiantes inteligentes y cuidadosamente elegidos, liberado de onerosas tareas editoriales y de traducciones [...], en pleno dominio de al menos ocho lenguas, rodeado de amigos, recordado por quienes lo visitaban, malquerido por ninguno y sin nada serio que reprocharse.

Durante los años norteamericanos, distintas revistas y algún prólogo recogerán diversos trabajos sobre Alfonso Reyes, Gabriela Mistral, Guillén, Lorca, Darío, Salinas, Lugones, Valle Inclán y Sarmiento. Algunos de ellos y otros anteriores, seleccionados y actualizados por el autor, conforman el volumen *Letras hispánicas*, publicado por el Fondo de Cultura Económica en 1958⁶. Pero lo sustantivo y más constante de su afán de investigador se vuelca en el estudio de la obra de Quevedo, a quien había consagrado su primer trabajo en la revista *Sur* (1931), específicamente a su prosa, y a quien dedicó veintidós trabajos monográficos, cinco de ellos incluidos en *Letras hispánicas*. Los dieciséis restantes fueron dispuestos para su publicación, pero no vieron la luz sino póstumamente, merced a una cuidada tarea editorial de Francisco Márquez Villanueva, con el lacónico título *Prosas de Quevedo* (Barcelona: Crítica, 1981). Antonio Alatorre editó en 1988 una compilación

⁶ LIDA, RAIMUNDO. *Letras hispánicas. Estudios. Esquemas*. México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1958 (Sección de Lengua y Estudios Literarios).

de trabajos de Lida con el título *Estudios hispánicos* (El Colegio de México), que no hemos podido consultar.

Raimundo Lida falleció, víctima de un cáncer, el 20 de junio de 1979.

A Lida no le faltaron honores y reconocimientos: la beca Guggenheim en dos oportunidades, su elección como miembro de la Academia Americana de Artes y Ciencias (1970) y como miembro correspondiente de esta Academia Argentina de Letras (en sesión celebrada el 12 de junio de 1975), dos años después de que nuestra Corporación hiciera lo propio con Rosenblat. A dos décadas de su alejamiento de México, la *Nueva Revista de Filología Hispánica* le dedicará en vida los dos tomos y las más de quinientas páginas del volumen XXIV (1975-1976), testimonio de la feliz memoria que su desempeño de otrora había dejado en la publicación. El segundo número de la revista *Filología* de Buenos Aires (1985) se hizo en su homenaje, con prólogo de Ana María Barrenechea y, entre otros artículos, un cuidadoso examen de *Prosas de Quevedo* escrito por Celina Sabor de Cortazar, nuestra antecesora en el sillón que ocupamos. Fue precisamente esta estudiosa de la literatura del Siglo de Oro la que identificó las dos direcciones que Lida imprimió a su pesquisa quevedesca: la que está presente en las obras que ilustran su pensamiento histórico-político y aquellas en las que el autor se revela como un deslumbrante artífice del lenguaje⁷.

Es un apresurado lugar común aludir a la relativa exigüidad de la producción de Lida, quizá por restar injustamente su vasta labor de traducción, quizá por la tentación de contrastar esa producción con la vastedad y profundidad de su formación y conocimientos, con la riqueza de su instrumental filológico o con la infrecuente disponibilidad de tiempo y materiales que le deparó su cuarto de siglo en Harvard. Yakov Malkiel ha aducido dos razones: el carácter deliberadamente artesanal y no industrial de sus trabajos, tan a contramano de las exigencias cuantificadoras de hoy, y su explícito rechazo al aislamiento, característico del intelectual erudito, que lo llevó a privilegiar claramente el ejercicio intenso de la docencia y de la guía de vocaciones jóvenes. Anderson Imbert ha añadido que acaso Lida careciera de la visión del libro como

⁷“Raimundo Lida, crítico de Quevedo”. *La Nación*, 9 de septiembre de 1979, p. 2.

organismo, en tanto que, como su admirado Leo Spitzer, era un fragmentario.

Pero unánime es también el juicio superlativo que su obra ha merecido, atravesada toda por una exigencia de equilibrio y de mesura crítica, renuente a cualquier forma de generalización simplificadora, alimentada de una erudición pasmosa, pero funcional y precisa, que se arrojaba en un estilo trabajado para que se notara, con licencias esporádicas de innovador. De esa cuidadosa estrategia filológica, cauta y contenida en el método, se servía Lida para mejor penetrar las desmesuras ideológicas y verbales del autor barroco que fue alfa y omega de la indagación durante una parte sustancial de su vida.

Raimundo Lida expuso sucintamente su ideario crítico como lector filólogo en un reportaje conjunto que María Esther Vázquez le hizo junto a Jorge Luis Borges en 1977, en ocasión de una visita a nuestro país. No queremos silenciar la sorpresa de haber comprobado, por primera vez, la insuficiencia de las brillantes aseveraciones de Borges, a menudo apodícticas o arbitrarias como le gustaban, frente a los juicios correctores y serenos de un Lida que supo ilustrar sin concesiones, salvo las que exige la cortesía, la distancia que media entre el genio habituado a deslumbrar sin impugnaciones y el rigor académico de un docente, respaldado por la solidez de un conocimiento que identifica y desautoriza inexactitudes para higienizar las vías del diálogo.

En la ocasión, dijo Lida:

La lectura por placer es, desde luego, el punto de partida, y también el de llegada. Entre las dos estaciones, me interesa además leer con un máximo de exactitud, comparar, situar, y volver entonces al autor sin necesidad de notas al pie para entenderlo, para coentenderlo, para vivir la lectura, para gozarla.

Y en cuanto a la socorrida opción que las escuelas críticas plantean entre la atención debida al autor o a su obra, la estrategia filológica de Lida establece:

[... ubicar a los autores] primero en su tradición, en su grupo, en su sistema de intenciones y en la singularísima realización de esas intenciones. Es verdad que voy a los libros con apetito de placer, pero sin

pasividad y sin beatería. Las obras de Cervantes y de Quevedo irradian hacia el lector sus energías latentes, y en cada uno de nosotros se actualizan de manera distinta. Seamos dignos de recibirlas. Ese vaivén, ese doble movimiento, a mí —no escritor, sino estudiante de literatura— me parece esencial, y no puedo vivir sin él⁸.

Al comenzar esta exposición conmemorativa, por cuya extensión pedimos disculpas, pusimos en paralelo a dos figuras descollantes de la filología argentina. Ambos nacieron muy lejos de nuestro país y en años próximos; los hermanó el país, la comunidad de origen, la lengua materna y la inmigración, como lo harían después la vocación, el asedio inquisidor del idioma nuevo, la universidad, el lugar de trabajo, los maestros, la excepcionalidad del talento y el destino circular de un nuevo e irreversible destierro inducido. Ángel Rosenblat sobreviviría a Lida en apenas cinco años (murió un 11 de septiembre, como hoy).

En conformidad con la historia, idiosincrasia y fortuna de los países de su destino final, la vida de Lida fuera del nuestro se nos muestra más muelle y previsible, acaso más en armonía con la tenue ligazón sentimental que mantuvo con la Argentina —más débil que la de su hermana, según afirma su cuñado Yakov Malkiel, y que la de Rosenblat, según sabemos nosotros—. Pero en ambos casos, la dura admonición que queda en pie para nuestro país es la vergonzosa evidencia de convivir con instituciones que, así como son capaces de formar científicos y maestros eximios e irrepetibles, creen poder darse el lujo, periódica e impunemente, de deshacerse de ellos en la plenitud de sus capacidades para que sean otros quienes se beneficien de ellas acogiéndolos, reconociéndolos y respetándolos. Deseemos que llegue el día en que en la Argentina los homenajes sean plenamente celebratorios y no deban ensombrecerse con la mácula del reproche o el espejismo doloroso de lo que no fue.

José Luis Moure

⁸“La pasión literaria”. Coordina María Esther Vázquez. *La Nación*, 13 de febrero de 1977, 3.ª sección, pp. 1-2.